

SERVICIO DE LUNA NUEVA

1.- *Himno de Apertura (Tercera estrofa).*

2.- *El oficiante descubre el Emblema.*

3.- *El oficiante, desde el Estrado, pronuncia el saludo rosacruz:*

- Mis queridos hermanas y hermanos, que las rosas florezcan en vuestras cruces.

4.- *Los asistentes responden:*

- Y en la tuya.

5.- *El oficiante lee:*

EL TABERNÁCULO EN EL DESIERTO

El Tabernáculo del Desierto fue la Escuela de Misterios de los Atlantes, el símbolo místico que precedió a la Cruz de Rosas. Si comprendemos bien su significado, podremos aplicar mejor a nuestras vidas las Enseñanzas modernas. Por eso, las antiguas Enseñanzas, contenidas **en el Antiguo Testamento**, se han conservado y se han combinado con las Nuevas Enseñanzas, contenidas en los Evangelios.

En la religión antigua **había tres clases de personas** en cuanto a su participación en los Servicios del Templo:

1ª.- **La multitud**, a la que sólo le estaba permitido acercarse al Templo para adorar y traer ofrendas, y que no podía pasar del Altar de Bronce.

2ª.- **Los sacerdotes**, que eran admitidos para servir a Dios en el Templo, y que sólo podían llegar hasta el segundo velo.

3^a.- **El sumo sacerdote**, que era el único a quien le estaba permitido traspasar el segundo velo para recibir allí instrucciones directas de Dios.

Actualmente, **en la Escuela de Misterios moderna**, hay también tres clases de personas:

1^a.- **Los Estudiantes**, que han despertado a su responsabilidad espiritual y están intentando alcanzar la vida superior por medio del servicio.

2^a.- **Los Probacionistas**, que han asumido ante sí mismos una obligación definida, consistente en que el yo inferior o personalidad se compromete a amar, reverenciar y obedecer al Yo verdadero o Superior, dedicándose a una vida de servicio, con el fin de aproximarse al velo y alcanzar la realización consciente del Dios Interno.

3^a.- **Los Discípulos**, que han sabido persistir y demostrado su elevación, de tal modo, que se les considera capaces de desenvolverse satisfactoriamente en un trabajo más amplio y, consecuentemente, se les está preparando para pasar al otro lado del velo, en el menor tiempo posible, según su desarrollo, y salvaguardando su seguridad.

“*Nadie viene a mí sin que mi padre lo llame*”, dijo Cristo. Por tanto, las multitudes de los antiguos atlantes, que llegaban al Altar de Bronce para ofrecer sacrificios por sus pecados, deben haber sido atraídos, efectivamente, por la Divinidad.

No era, pues, un fuego ordinario el que ardía sobre aquel altar, porque, poco después de que el Tabernáculo se construyese a tenor del modelo y las instrucciones dadas en el Monte, un fuego divino y celestial descendió milagrosamente hasta él y consumió la carne allí colocada.

No miremos el lado material sino el espiritual: ¿Qué es ese fuego milagroso que consume la carne y que no ha sido encendido por el hombre, sino que es de origen divino? ¿Hay en nuestra propia vida un fuego semejante, que consuma la carne y la sacrifique en beneficio del espíritu?

En el antiguo Tabernáculo, el Sendero del Logro iba del Este al Oeste, empezando en el Altar de los Holocaustos. También hoy el aspirante orienta su faz hacia el Oeste. Pero ha de hacer de sí mismo un divino sacrificio en el Templo y, entonces, el fuego que arde en su interior es la conciencia, ese fuego divino que nos dice si hemos obrado

correctamente o no, que lleva la cuenta de nuestros errores y que es más estricta que las leyes terrenas. Cada noche, durante la retrospectión, nos situamos frente a ese altar y juzgamos los actos realizados con el cuerpo. Nuestra conciencia nos mortifica, a tenor del modo como nos hayamos desenvuelto durante el día y, entonces, si somos fieles a nuestro voto, ofrecemos nuestro cuerpo, como un sacrificio viviente, durante las próximas veinticuatro horas. La virtud del Altar de Bronce, pues, puede resumirse en una sola palabra: **“Contrición”**. Ésta es la **primera etapa en el Sendero** del Logro.

Pero el arrepentirse no es suficiente. El joven rico aseguraba haber observado la Ley, pero no estuvo dispuesto a seguir al Maestro, Cristo. Demasiados, desgraciadamente, se contentan, tan sólo, con escapar a la condenación: son apáticos en exceso, para esforzarse más allá de la condenación, como hacen los diligentes que, gracias al servicio, se hacen acreedores a las palabras del Señor: *“Bien hecho, fiel y buen sirviente”*; demasiado abúlicos para acometer **la segunda etapa**, la de la **consagración a una vida de servicio**.

Así como Cristo inició Sus tres años de ministerio pasando por el bautismo, y el aspirante al servicio en el antiguo Templo debía santificarse en la sagrada corriente que fluía del Mar de Fundición, el actual aspirante a construir un templo, sin ruido de martillos, y servir en él, ha de santificarse y consagrarse a sí mismo; ha de estar dispuesto a abandonar todas sus posesiones terrenales, aunque el tiempo que las posea, las considere como un depósito divino destinado a hacer el bien, y a obedecer en todo la voz del Cristo Interno cuando diga: *“¡Sígueme!”*, aunque la sombra de la cruz se vislumbre al final del camino. El antiguo Altar de los Holocaustos y la ablución de la purificación simbolizaban, respectivamente, el purgatorio y la depuración que el alma experimenta en él. Pero también simbolizaban la manera más científica en que el discípulo de las Enseñanzas de los Misterios Occidentales realiza la expurgación, mediante **la retrospectión**.

Una vez ascendidos los dos primeros peldaños del Sendero, el tercero conduce directamente al aspirante a la Sala Este del Tabernáculo, en el interior del Templo Místico, sala que puede también denominarse el Vestíbulo del Servicio. En ella se contenían todos los implementos necesarios para el crecimiento del alma, aunque sólo contaba con tres

artículos importantes: El Candelabro de Siete Brazos, colocado junto a la pared sur, a la izquierda entrando; el Altar de los Panes de la Proposición, a la derecha; y el Altar del Incienso, frente mismo a la entrada, junto al velo que separaba la Sala Este del Tabernáculo, de la Sala Oeste, llamada “el Santo de los Santos.”

A la Sala Este se la denominaba “el Lugar Santo” y, en ella, el aspirante espiritual aprendía la lección del servicio. Sobre el Altar de los Panes de la Proposición se colocaban doce hogazas, apiladas en dos montones de seis panes cada uno. El grano con el que estaban hechos lo había proporcionado Dios, pero había sido cultivado y abonado por el hombre, que lo había trillado, molido y cocido, y lo había llevado al templo como una ofrenda para el Señor. Esos granos de trigo, procedentes de Dios, representan las oportunidades de crecimiento anímico que Dios nos proporciona a través de los doce departamentos de la vida, representados por las doce casas del horóscopo, bajo el patrocinio de las Doce Jerarquías Divinas, conocidas por los signos zodiacales. Pero es labor del aspirante el aprovechar esas oportunidades, explotarlas y convertirlas en el “**pan viviente**”, que nutre y alimenta el alma.

Consideremos ahora el Sendero de la Iniciación, expresado simbólicamente en el antiguo Templo, con el Arca, el Fuego y el Shekinah, y en el último Templo en el que Cristo enseñó: Notemos que, cuando la Humanidad fue expulsada del jardín del Edén por haber comido del fruto del Árbol del Conocimiento, los Querubines custodiaron su entrada con una espada flamígera. La ignorante indulgencia en el acto procreador fue el pecado cometido por el hombre, contraviniendo las leyes de la naturaleza, pecado que trajo al mundo el dolor y la muerte, alejándonos de nuestros primitivos guardianes y forzándonos a vagar por el desierto del mundo a lo largo de las eras.

En la puerta de acceso al Templo Místico de Salomón, se encontraban de nuevo los Querubines. Sin embargo, ya no sostenían en sus manos la ardiente espada. En su lugar, llevaban una flor, símbolo lleno de contenido místico.

Comparemos al hombre con la flor para conocer el significado y la gran importancia de tal símbolo: El hombre toma su alimento por la cabeza, desde donde lo dirige hacia abajo; la planta lo toma por las raíces y lo dirige hacia arriba. La planta no conoce la pasión, su

fertilización se realiza de la manera más pura y casta y, por ello, proyecta hacia el Sol sus flores, cuya belleza deleita a quien las contempla. Éste fue el misterio de la Copa del Grial y es el significado simbólico de la de la Comunión, ya que ambas representan el cáliz de la flor.

Esta Copa de la Comunión, con su sangre mística “limpia” de la pasión concurrente en la generación, proporciona a quien la apura verdaderamente, la vida eterna, convirtiéndose así en el vehículo de la regeneración, de un nacimiento místico en una esfera superior, un “país extranjero” en el que, quien ha cursado su aprendizaje en la “construcción del Templo” y ha dominado “las artes y los oficios” de este mundo, puede aprender cosas más elevadas.

El símbolo del Querubín con la flor abierta, colocado sobre la puerta del Templo, transmitía al aspirante el mensaje de que **la pureza es la única llave con la que puede aspirar a abrir la puerta que conduce hacia Dios** o, como Cristo mismo lo expresó: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.”*

Antes de poder alcanzar la puerta del Templo, la carne ha de ser consumida en el Altar del Autosacrificio, y el alma ha de ser lavada en la Fuente de la Consagración a la vida superior. Y cuando, desnudo, pobre y ciego por las lágrimas de contrición, caminando a tientas en la oscuridad, el aspirante busque la puerta del Templo, la encontrará. Entonces podrá llamar y la puerta se le abrirá; y, cuando pida luz y vestimenta, el guardián no hará oídos sordos, sino que conducirá al alma aspirante a la Sala Este del Templo, iluminada por el Candelabro de Siete Brazos, símbolo de la luminosidad de la Luna, que cambia en ciclos de siete días. En el Vestíbulo del Servicio se le enseñará a tejer, con el aroma del Pan de la Proposición, el lujoso vestido de fuego o cuerpo del alma, que San Pablo llama “soma psichicon” en Corintios 15:45.

Cuando llegue al nivel en que pueda penetrar en la segunda parte o Sala Occidental del Tabernáculo, tras el velo que la separa de la iluminada Sala Este o Vestíbulo del Servicio, se encontrará en circunstancias totalmente distintas: Esta estancia occidental está oscura, como los cielos cuando la Luna se encuentra al Este, con el Sol poniente. Este hecho constituye un importantísimo tema de meditación: Cuando el candidato holla la puerta Este del Templo en busca de luz, lo primero

que encuentra es el fuego que arde sobre el Altar de los Holocaustos pero, cuando avanza en el Sendero y llega al otro extremo del Tabernáculo, se encuentra en la oscuridad. Si no ha crecido, desde el momento en que penetró por el Este, es absolutamente imposible para él penetrar en la Sala Oeste ya que, mientras se encontraba en Levante, estaba en las condiciones de oscuridad propias del hombre ordinario, careciendo de luz interior y necesitando, por tanto, luz externa. Pero, cuando llega al alto nivel simbolizado por la oscura Sala Oeste, se supone que ha desarrollado ya el luminoso cuerpo del alma, mediante el servicio inegoísta prestado a la Humanidad y, por tanto, se espera que posea, dentro de sí mismo, la luz interna, esa luz que ilumina a todo hombre. A menos, pues, que haya adquirido esa luz, no podrá penetrar en la Sala Occidental del Templo. La luz interior es el cuerpo del alma, el dorado vestido de bodas usado por la novia del matrimonio místico o unión con Dios.

Cuando el candidato penetra en la Sala Occidental del Templo, puede ver, porque posee luz interior. Este hecho se simboliza por el Arca de la Alianza, situada en la parte más occidental de esta Sala, y por el hecho de que sobre ella se encuentre un fuego invisible, una luz verdadera, que es la Deidad, la meta de sus anhelos, la Gloria del Shekinah, como la llamaban los judíos.

Quien ha leído la Historia Sagrada, sabe que todo esto no se expone en ninguno de sus Libros. Pero esa luz invisible y ese fuego que resplandecía sobre el Propiciatorio, y la voz que hablaba a quienes penetraban en el sagrado recinto, eran la presencia de Dios entre los hombres. Y esa luz sigue brillando hoy día, y brillará siempre en el relicario místico.

Así como la Luna va acumulando la luz del Sol durante su recorrido desde la Luna Nueva hasta la Luna Llena, del mismo modo el hombre, a lo largo del Sendero de Santidad, almacena el material para construir el vestido de bodas, que va confeccionando mediante el aprovechamiento de las oportunidades de servicio inegoísta que se le van presentando; y el mejor momento para amalgamar ese material es durante la noche de la Luna Llena. Por otra parte, así como la Luna reduce gradualmente su luz a medida que se acerca al Sol para entrar en un nuevo ciclo en la Luna Nueva, también los que han acumulado y guardado sus tesoros en el cielo se hallan, en cierto momento del

recorrido lunar, más cerca que en cualquier otro tiempo, de su origen y de su Hacedor, en las más altas esferas.

Se ajusta a la Ley de Analogía el que, así como los salvadores del mundo nacen en el Solsticio de Invierno, durante la noche más larga y más oscura del año, los Auxiliares Invisibles nazcan, más fácilmente, durante la noche más larga y más oscura del mes: la de la Luna Nueva.

Un campanario es muy ancho en su base, pero va estrechándose hasta que, en lo alto, se reduce a un punto coronado por la cruz. El Sendero de santidad es semejante: Al principio nos podemos permitir muchas cosas pero, al progresar, una tras otra han de ir siendo abandonadas todas las digresiones y nos hemos de consagrar, cada vez más, al servicio de la santidad. Por fin, llegaremos a un punto en el que el Sendero será tan estrecho como el filo de una navaja de afeitar y, en ese punto, no tendremos más asidero que la cruz. Pero, cuando lo hayamos alcanzado y seamos capaces de recorrer éste, el más angosto de todos los caminos, estaremos preparados para seguir a Cristo en el más allá y servir allí como lo hemos venido haciendo aquí.

6.- Concentración.

7.- Himno de Clausura.

8.- *El oficiante cubre el Emblema.*

9.- *El oficiante lee la*

Admonición de Despedida:

Ahora, vayamos a nuestras habitaciones, hablando tan sólo lo que resulte necesario, y meditemos allí sobre estas cosas, consagrando de nuevo nuestras vidas y solicitando la ayuda de nuestros Hermanos Mayores para convertirnos en Auxiliares Invisibles conscientes.
